

«Hijo: Recibí tus cartas y veo que estás bueno, que es lo principal; yo también lo estoy, a Dios gracias, que no es cosa de llamar enfermedad a estos dolores en las piernas que todos los inviernos me manda la tierra para avisarme que ya va tirando de mí. Pues, como te decía, tus cartas me alegran, y no esperaba yo menos de ti. Así me gusta: que aproveches el tiempo, sin dejar por ello de divertirme lo que sea razón, que eso siempre está bien en la gente moza y a todos nos gustó en nuestros tiempos mover los huesos; tú, por cuestión de dinero, no te apures, que ya sabes que en casa los hay, gracias a Dios, y no está bien que el hijo de tu padre, por duro más o menos, deje de quedar como quien es en ninguna parte. Eso sí, en los estudios me gusta que aprietes; ya sabes lo que te dije cuando te fuiste: esta gente es cada vez más ladina; ellos no saben más, pero tienen cada día más malicia y hay que andar listo para

cogerles las vueltas. Mientras yo viva, no hay cuidado, que soy perro viejo y les cazo en el aire las marrullerías; pero no está de más el que tú te prevengas con tiempo y te traigas para casa un título, que siempre es cosa de fuerza cuando hay dineros para acompañarle. Esto, ni que decir tiene, pensando que tú quieras seguir en estos paleos del pueblo, que yo bien veo por tus cartas lo mucho que te gusta Madrid, y como puedes figurarte, no me ha de pesar el que, si es tu gusto, hagas en la Corte carrera. Listo eres, y donde otros llegaron bien puedes llegar. A más que apoyos no han de faltarte.

»Ya me dices lo bien que te recibe el señor Cascales y la familia; a tanto y más están obligados, y me alegro que sepan cumplir; ya ves tú: no estará mal que, andando el tiempo, y no ha de ser mucho para que yo lo vea, llegues a ser lo que él es. Figúrate si trabajaríamos el distrito siendo para ti; en fin, Dios dirá; tú, hijo, ahora que estás ahí, bien cerca de todos, no dejes pasar las ocasiones, y acuérdate siempre de que el que da primero, da dos veces.

»Desde que te fuiste, mi única diversión es pensar en ti y en estas cosas; parece, cuando se hacen cuentas para un hijo, que empieza uno a vi-

vir otra vez, y aunque bien sabe uno que lo mejor de ello no ha de llegarlo a ver, tanto y más alegre como si propio fuera y en la mano estuviese; achaques del querer, que es cosa, según dicen, que sólo los padres saben como Dios manda. Ya lo aprenderás a su tiempo.

»Aquí todo sigue lo mismo y todos se acuerdan de ti. De Elena dicen que si anda triste o alegre por si le escribes o dejas de escribirle. Yo en esto no me quiero meter; es buena muchacha y tiene su porqué, y no me sentaría mal para nuera; pero tú sabrás lo que te conviene y en donde estás, estás, y entre buena gente andas, y ya me entiendes. Ello por ello, si en Madrid te quedas, tal vez te esté mejor mujer ciudadana que campesina; todo consiste en escoger con tino y en que ella sea mujer de bien. El retrato que mandaste puede decirse que corrió el pueblo; algunos hubo que no te conocían, y otros que no te querían conocer. A mí me parece que te cae bien la ropa, y deseo que vengas para verte, y no en estampa. Y nada más te digo, sino que estudies, y te cuides, y te diviertas lo que puedas. Te mando el dinero que pides; recibe lo que quieras de este tu padre que te abraza y que lo es,

»MANUEL TRELLES.»

«Querido Paco: No sabes lo que agradezco tus cartas; pues, aunque de ordinario no creo en refranes, tengo por buena la sabiduría de este que dice: «que la ausencia es piedra de toque en la amistad», y me complace ver que eres amigo mío, acaso tanto como por motivos sentimentales, por razones de orgullo; ¡si supieras lo que levanta ante los propios ojos el saberse capaz de inspirar un cariño firme! Yo de mí sé decirte que no puedo resistir a esta voluptuosidad espiritual del saberme querido o estimado, y que aun la antipatía —y eso que yo la creo, más que el amor, fuerte como la muerte—soy capaz de vencer cuando sospecho que aquella persona que a mí me es antipática me tiene buena voluntad.

»Tus cartas, sin embargo, y cariño aparte, me resultan extrañas. Creo que te conozco bien: eres un impulsivo y, sobre todo, un sentimental...; no te rías, Paquito, ni tomes esos aires de hombre escéptico que no te van, créemelo. ¿Que has corrido mucho? ¡A quién se lo cuentas! Pero, amigo, hay maneras y maneras de correr; yo, te lo he dicho mil veces; para estas excursiones suelo dejarme el alma en casa, sobre que estorba tanto y nada tiene que ganar. Tú, en cambio, la llevas siempre no sé si en la mano o en el bolsillo, y ¿qué

te ha de ocurrir?: lo que a los niños que se caen de cara y no se ocupan de poner las manos por delante: se rompen las narices en cada caída. ¡Sabe Dios cuántos coscorriones te habrás llevado a la hora en que esto escribo!

»No te enfades; te digo esto y sospecho lo otro precisamente porque en tus cartas no te quejas de nada, y, en verdad, es demasiada dicha la que cuentas para una persona sola. Si me dijeras dos desilusiones, estaría dispuesto a creer cuatro buenas venturas; pero, amigo, tantas y tan constantes bienandanzas me hacen dudar un poco de tu sinceridad.

»Haces mal, criatura, en no ser conmigo un poco más franco; las tristezas son siempre tristezas, pero cuando se cuentan parece que se alivian y alegran. Mira tú, esta es una ilusión sentimental que no han logrado destruir todas las verdades filosóficas. Somos, y lo seremos para *in eternum*, mal que nos pese, niños perdurables, y siempre, como los chiquillos, nos creemos más seguros cuando alguien nos lleva cogidos de la mano, o cuando tenemos la cabeza debajo de las sábanas. Y pienso yo que acaso en esto consista la fuerza de arraigo de las religiones positivas, manos que nos llevan o sábanas que nos esconden; pero

que de uno u otro modo nos mitigan el miedo.

»Perdona si te aburro; espero que no, puesto que, según veo por las cartas de tu padre, te ocupas mucho de estudios, y en esto de actividad intelectual no hay sino dar el primer paso. Además, tú eres listo, y lo único que te perjudica es la pereza mental, que aquí en el pueblo se te hubiese hecho crónica, porque no hay como el pan moreno y la leche a pasto para crear músculos y atrofiar la inteligencia; pero confío en que Madrid habrá logrado vencerla.

»Chico, eres admirable, puesto que, por lo visto, puedes llevar de frente y sin recíproco perjuicio la intelectualidad y la galantería. Yo te confieso francamente que cuando la carne pícara hace de las suyas, la actividad cerebral se resiente har-to, y viceversa. Por lo cual este invierno estoy hecho un San Luis Gonzaga y leo como una fiera; tengo hambre canina de lectura; no sabes cuánto te agradezco los libros que me mandas; yo también he comprado algunos, y un curita nuevo que ha venido, me ha prestado otros, entre ellos *Las Confesiones* de San Agustín, que yo no conocía y que te recomiendo, porque tengo para mí que en algunos particulares eres no poco parecido al obispo de Hipona. A mí el tal libro me ha ser-

vido y no precisamente como lección moral, sino como consuelo de flaquezas.

»Será exaltación de orgullo, pecado de soberbia, lo que quieras, pero cada día puedo sufrir menos mis propias imperfecciones; cuanto más menudas, más me atormentan; cuanto más ignoradas, más me mortifican. El curita nuevo que te digo, con el cual tengo grandes ratos de conversación, intenta convencerme de que esto que yo siento es algo a modo de prurito confesional, y que ello prueba la sabiduría de la Iglesia y la necesidad del Sacramento de la Penitencia. Tal vez tenga razón, por lo mismo que te he dicho antes; con todas nuestras presunciones de fortaleza, siempre, andamos añorando tutores.

»El tal curita es hombre de inteligencia y muy leído, y aunque tiene frescas las ideas del seminario y en pleno verdor los frescores de la vocación, resulta buen amigo y algo se aprende discutiendo con él; puedes suponer que no me quedo corto; él está muy mal con estos fatalismos de Nietzsche, y tiene una filosofía ingenua que huele a rosas y a incienso; habla del alma como de un ser único y noble, y dice que está en paz sujetando a la ley sus deseos; yo en esto de la paz le envidio como puedes figurarte, porque en punto a

batallas interiores me río yo del Cid Campeador. Es — me dice el curita — porque no tiene usted bien domada la carne; esa es la guerra, ese es el enemigo; el dualismo pícaro de la humana naturaleza; ya lo dijo el Apóstol. Pero yo le respondo que esto de la contienda perdurable entre el alma y el cuerpo, es cosa vieja de decir y rancia de escuchar.

»— ¿Es que usted cree, entonces — me contesta —, que el alma pelea contra el alma?

»— No, señor — le replico —, voy más allá que todo eso.

»— ¿Cómo más allá?

»— Sí, porque creo — por supuesto, con el inevitable matiz de duda que damos los latinos en nuestras lenguas socarronas al vocablo creer —, creo en la coexistencia de dos almas distintas y antagónicas dentro del mismo cuerpo.

»Mi hombre se indigna, y yo le digo que lo creo por experiencia propia.

»— ¿Cómo por experiencia? — responde. Y yo le explico:

»— Mire usted, don Fernando — el curita se llama don Fernando González —: podría muy bien achacarse a cambios de estado de un mismo espíritu la discordancia ocasional que nos hace

sentir, pensar y hasta juzgar hoy una cosa y mañana la opuesta, para quedarnos al día siguiente, en el término medio o en el extremo negativo, que es lo más general. Pero ¿a qué atribuir la persistencia continua de dos personalidades irconciliablemente antagónicas, una, que podría llamarse la vividora, que siente, y vibra, y saborea, y se entusiasma, y se entristece, y decae, y duda, y abomina, y ensalza; y otra, la criticante, que la mira vivir, y entusiasmarse, y decaer, y con sorna la compadece, no pasado el momento de la acción psicológica, sino coexistiendo con él, y, lo que es más extraño, dejándola en libertad perfecta de realizarse?

»El curita me dice que esta segunda alma que yo digo es la conciencia, facultad aprobadora o reprobadora de todo acto espiritual; pero no lo es, porque ella no se entromete a calificar moralmente la actividad de su contraria, hacia la cual parece profesar desprecio más que olímpico. No juzga: se contenta con desdeñar, como los críticos modernistas. En fin, chico, quedamos en que mis dos almas me dan no poca guerra. Dichoso tú que por motivos tan distintos a los de mi curita, pareces como él vivir en paz; os envidio, porque yo — otra complicación; acaso este yo es una ter-

cera alma superior a las otras, puesto que las conoce y hasta las llama a juicio —, yo, encariñado con la vividora como un poeta con sus versos, gusto de sentirla vivir, y me voy detrás de ella por los caminos floridos de su entusiasmo, y con ella me place peregrinar por las carreteras de polvo y de lágrimas. Pero he aquí que con nosotros dos, y no detrás, sino muy mano a mano, viene la criticante, y no se ha dado el caso, durante el largo día de la vida, de que un solo momento cese de reír y de compadecerse, y de despreciar compadeciendo.

»Sucede, a veces, que me indigno contra ella y la tengo por endemoniada; por supuesto, el curita dice que el endemoniado soy yo. Acontece otras, que, vencido de su tenacidad, llego a darle la razón, y me decido a despreciar con ella, empezando por mí, cuanto hay en el mundo; pero, la muy ladina, presintiendo o sabiendo que llegaba mi conformidad, cesó su insoportable supremacía, me mira de hito en hito y, despreciadora como nunca, me dice frescamente: ¡Lucido estás si de mí te fías! Has de saber, infelizote, que yo tampoco sé lo que es verdad.

»Y esta es la vida, mi vida si quieres; buena a pesar de todo, porque por encima de to-

das las complicaciones espirituales está el vivir.

»Acaso tú lo entiendas, Paco de mi alma, y todos estos jaleos que yo me traigo sean simplezas mías; en fin, me consuelo pensando que no hay otra verdad, sino la que llevamos en nosotros mismos.

»Me pides noticias; ¿qué quieres que te diga? El pueblo, igual que siempre; el invierno, largo, muchos días grises; tu padre, bueno; tu novia, tan guapa como siempre, y algo más triste que de ordinario; yo, peleando en la escuela con estos gérmenes de hombre, que diría alguien que no recuerdo, y divertido en mis experimentos psicológicos. A veces pienso que te estoy haciendo un flaco servicio, porque estos tus futuros súbditos, si aprovechan la educación medio anarquista que yo les meto con cuchara, llegarán a ser, andando los tiempos, harto difíciles de manejar. ¡Allá tú! Si progresas como creo, podrás *ponerte a la cabeza* de la revolución.

»Ahora, como es Cuaresma, tenemos lluvia de sermones; el curita nuevo se luce, pero nadie le entiende; tienen que oír las críticas que hace de su oratoria el capellán de Armendia. Don Teo, tan alma de Dios como siempre, y Frasco, tan republicano; de don Lino, nada te cuento porque sé

que te escribe a menudo, y el hombre es de los que se pintan solos.

»Adiós, que escribas y que me digas la verdad, y acuérdate de mí en esos tus buenos cuartos de hora, porque yo, a pesar de mis desengaños y austeridades, siempre que de ciertas cosas me acuerdo, digo, mal que me pese, lo del milano de la fábula: «No me vendría mal algún pollito.»

»Guárdete Dios y la verdad te guíe.

»PANCRACIO.»

«Amigo Paco: Para ti es la vida. Nosotros aquí la vamos pasando como Dios quiere, berza más o menos. Esta gente sigue tan sana como de costumbre; ¡mira tú que es mucha salud ésta para un solo pueblo! Así es que ya puedes figurarte el humor que me gasta doña Mónica, que acá para *inter nos*, está más beata que nunca, y ahora ha comprado una estampa de San Cayetano para colgarla en la cocina, porque dice que el bueno del Santo es abogado de la Providencia. Me río yo de la Providencia con estos aires, y estas aguas, y esta poca gana de soltar dineros que tienen tus insignes *conciudadanos*.

»No creas que te digo esto de conciudadanos

por equivocación: es que nuestro amigo Pancracio, que cada día se vuelve más sabio y se queda más flaco, está si descubre o no descubre que Puente-la-Piedra tuvo título de ciudad allá en tiempos del Rey que rabió. Chico, da miedo verle de puro consumido que le tiene la sabiduría; tú, por si acaso, no estudies mucho, que para lo que hay que saber de este mundo, cuanto menos, mejor.

»La República, tan buena gracias, y tan frescachona. Ahora tenemos cura nuevo, porque como don Teo está tan viejecito, le han puesto un coadjutor; es un muchacho joven, acabado de salir del horno y andaluz por más señas; le tenemos de huésped en casa, con lo cual doña Mónica está nadando en gozo espiritual; son sus propias palabras.

»Como comprenderás, con esto se le ha aumentado a Frasco la tarea, y el gorro frigio no descansa; por la mañana pasea la calle del cura y por la tarde la del coadjutor; hay que verle, ahora que el gorro, con tantas aguas como este invierno le han llovido encima, está color de caramelo; pero lo que a la insignia le falta le sobra a la cara del hombre, que entre el entusiasmo y el aguardiente está hecha una bandera tricolor. Lo mejor

de la historia es que el curita nuevo nos ha salido liberal y dice que cualquier día de estos sale cantando misa con música del himno de Riego; es lo que dice Frasco: si la reacción se cae del lado de la libertad, ¿de qué lado vamos a caer nosotros? Mira tú que es pregunta. Lo que yo le digo: No seas tonto, Frasquito, hijo; tú no pienses hacia dónde te vas a caer, sino en cómo te vas a levantar el día que te caigas, que me parece a mí que no tardarás mucho.

»Me dices que te diga si cazamos; a caza vamos un día sí y otro también, y, como puedes figurarte, no hemos de volver con las manos vacías. *Canelo*, tan guapo; el *Morito* se ha muerto, lo cual que lo he sentido, y creo que tú lo sentirás; el *Lobo* se lo vendí a un inglés que vino a visitar el Monasterio; y ahora que del Monasterio hablo, chico, ¡qué reguapetona tienes a la Elenita! A la vuelta me lo dirás despacio, porque es de las que abren el apetito; ya me figuro que no estarás haciendo penitencia, porque el mucho estudiar es cosa que de suyo requiere distracciones; pero dudo que todo lo que por ahí encuentres sea mejor que lo que aquí te dejaste; estas chicas de pueblo, sanotas y coloradas, son de lo bueno lo mejor; créemelo a mí, que sé de Anatomía.

»Me parece que no tendrás queja de la carta. No te extrañe el papel, porque es del cura, y por eso tiene este santo que ves con este latinajo; pero yo no tenía suelto, y por no cambiar no he mandado al estanco por otro.

»Doña Mónica te envía un abrazo; como es por carta, creo que no te pesará.

»Memorias del partido, y ¡viva la República!

»Tu amigo verdadero y compañero de ideales,

»LINO FERNÁNDEZ.»

«Paco de mi alma: ¿Por qué no me escribes? Díceme tu padre que andas atareado con el estudiar; pero a mí me parece que hay tiempo para todo; yo también tengo mucho que hacer, y no sé tanto como tú y te escribo; el cuento está en querer y en quererse, y yo te quiero bien. ¡Si vieras qué triste está el pueblo desde que te has ido! Ahora, como es invierno, llueve a diario, y parece que hasta el ver llover da ganas de llorar; yo lloro muchas veces pensando si te habrás olvidado de mí. Cuentan y no acaban de lo mucho que hay en Madrid para divertirse; dime tú si es verdad, y si las señoras de por ahí son tan guapas como dicen, y dime si te acuerdas de mí.

»Tengo guardadas tus tres cartas; ya las sé de

memoria, porque siempre que pienso que ya no me quieres, las vuelvo a leer; y mira tú qué cosa tan rara: unos días me dan alegría, y otros tristeza, porque lo que dicen me parece unas veces mentira, y otras verdad; pero siempre que las leo se me saltan las lágrimas y te quiero más; en eso para todo: en quererte más. Y tú, Paco, ¿me quieres más ahora?

»Mis amigas me dicen que tendrás muchas novias por ahí, y que me acuerde de las que has tenido antes de quererme; yo primero me reía al oírsele decir; pero desde que no tengo carta tuya no me atrevo a reírme. ¡Qué pena es tener tan lejos a las personas, y no poderles mirar a la cara para saber la verdad! ¿Te acuerdas cuántas veces te burlabas de mí porque yo te decía: Mirándome a la cara no me engañas?

»He visto el retrato que mandas a tu padre. Todos dicen que estás muy bien y mejor que aquí; pero a mí me pareces más delgado, y aunque te estás riendo, se me antoja que tienes los ojos tristes. ¿Es que estás malo, o que tienes pena? Por mí no la tengas, que siempre te quiero lo mismo y más, y por tu padre, tampoco, que sigue tan bueno y tan gordo como siempre; me dice que te diga que te cuides, porque diciéndotelo yo harás más

caso que si él te lo dijera, y si es por los estudios, no te apures tampoco, que no es cosa de que por mucho saber vayas a perder la salud.

»No te digo más; es tanto el deseo que tengo de que vuelvas, que cuento los días que faltan. Desde hoy al día del *Corpus*, quedan setenta y dos, y dice tu padre que para ese día ya estarás de vuelta.

»Por Dios, que me contestes y que te cuides, y que si te pones enfermo vengas acá en seguida; ya ves tú, porque sepas más libros nadie ha de quererte mejor, y luego, que si tú eres tan sabio, me dará vergüenza escribirte, por la mala letra.

»Mira, Paco de mi alma: que te acuerdes de mí y que me escribas, y que pienses que te quiero más que a mi vida, y que estoy aquí sola, y que, aunque quiero escribirte como si estuviera contenta, ahora mismo estoy llorando, porque tengo una pena, una pena tan grande al ver que no te acuerdas de mí...

Ya sabes que te quiere más que nunca tu

»ELENA.»

XVI

— Yo — dice don Marcelo — he nacido en Madrid, y, en punto a viajes, no he pasado nunca de los Cuatro Caminos por el Norte, y de los Carabancheles por el Mediodía; puede afirmarse, por lo tanto, que, aunque soy español, no conozco gran cosa de España; de consiguiente, no me atreveré a decir si está bien o mal puesto este mote que lleva nuestra patria de católica por excelencia; lo que sí digo es que Madrid, la capital, como si dijéramos el corazón o el cerebro de la patria susodicha, es la ciudad más dejada de la mano de Dios que existe en el planeta.

— ¿Por qué dice usted eso, don Marcelo?

— ¿Por qué he de decirlo, Mariquita? ¿Le parece a usted muy católico eso de que ustedes, las mujeres, a quienes llama nada menos que San Agustín, «devoto sexo femenino», aprovechen las festividades de la Iglesia, y aun sus días de duelos